

Para esta lectura conjunta nos gustaría concentrarnos en:

- Los personajes principales y sus relaciones, frente a los secundarios.
 - Mieko – Yasuko – Ibuki – Mikame // Harume – Akio – demás
- Las relaciones triangulares
- Manipulación
- Punto de vista narrativo
- Reflexión sobre el bien y el mal
- Oposición a la sociedad patriarcal, subversión de esquemas/roles tradicionales
- Intertextualidad
- El papel de las máscaras
- Límites entre fantasía y realidad
- Aquello a lo que aluden los títulos de los capítulos (que son nombres de máscaras):
 - *Ryoo no onna* 霊女 (mujer fantasma vengativa)
 - *Masugami* 増髪 o 十寸髪 (mujer trastornada)
 - *Fukai* 深井 (mujer madura en duelo).

Finalmente, nos gustaría que consideraran la importancia de las siguientes citas:

“Me ha parecido que la exhibición de las máscaras estaba destinada a una sola persona, mi suegra, no porque ella frecuente el teatro *noh* o porque sea capaz de apreciar la calidad artística de las máscaras, sino por esa expresión de absoluta serenidad que tienen, esa especie de mirada dirigida hacia dentro. Creo que ella debe de ser una de las últimas mujeres japonesas que todavía viven así, dirigiendo hacia dentro sus energías más profundas.”

“Les dijo que los espíritus que se desligan de la materia flotan sin cesar a través de la atmósfera, caminan al lado de los vivos y comparten el espacio a su alrededor, aunque sus cuerpos sean invisibles y sus voces inaudibles. En el remoto pasado, la capacidad de oír a los espíritus y hablar con ellos había estado muy extendida, pero gradualmente, a medida que avanzaba la civilización industrial, esa capacidad se había ido haciendo más escasa”.

“Mikame pensó en la comparación que Ibuki había hecho con los retratos a escala desproporcionada en las antiguas pinturas chinas y los grabados *ukiyo-e* japoneses, pero, más que un dibujo gigantesco de una mujer hermosa, Mieko le parecía una especie de telón de fondo, por ejemplo, un grueso y recargado tapiz o un gran árbol florido, contra el que resaltaba ventajosamente la juventud y el encanto de Yasuko”.

“Ibuki notó que entre las dos mujeres se establecía una comunicación privada y sin palabras. Tenía la certeza de que no estaban pensando ni en el diseño ni en la tela de la prenda, sino en el hombre que murió al confeccionarla y en su fantasma que contemplaba la danza desde el palco del emperador”.

“Cuando se conocen las máscaras tan bien como nosotros las conocemos, llegan a parecer los rostros de mujeres de carne y hueso”.

“Esta mañana, cuando aún estaba medio dormido en la cama, he tenido una visión del rostro de mi difunta madre. Había algo en él que parecía extraño, y entonces me di cuenta de que estaba viendo la cara de una de las máscaras que vimos ayer. Cuanto más pensaba en ello, tanto más me parecía que ése era exactamente el aspecto de mi madre. Pero supongo que las máscaras del teatro Noh tienen tales propiedades simbólicas que todo el mundo ve en ellas las caras de sus difuntos. Sólo los rostros de los muertos tienen esas expresiones paralizadas”.

“>La lamentable y creciente rigidez entre Genji y la dama de Rokujoo se debe al fortísimo amor propio de ella, un amor propio que las atenciones de Genji, y no digamos las de hombres muy por debajo de él, no podían suavizar”.

“Su mente es como un jardín a medianoche, cada una de sus flores un secreto, y su conjunto perfuma la oscuridad”.

“Lo que me estás diciendo es que el striptease mental es la antítesis del buen gusto. Por mi parte, en cuestiones carnales prefiero la desnudez total. Ese atisbo de los pies que asoman por debajo de la prenda en los grabados de abuna-e no me gusta nada”.

“Mieko también era humana, debía de sonreír y fruncir el ceño como los demás, pero él no recordaba haberle visto la menor expresividad. El hecho de que hubiera sido víctima de una artimaña por parte de la querida de su marido, que eso le hubiera provocado nada menos que un aborto y que entonces hubiera seguido dócilmente con el mismo hombre y le hubiera dado otro hijo, revelaba una falta de valentía que a cualquier mujer moderna le parecería escandalosa. ¿No podría decirse de ella que se regía fielmente por el código feudal de la virtud femenina? Pero, por mucho que quisiera equipararla a Osan u Osono, esos personajes del teatro de marionetas, una mujer cuyo soporte principal en la vida es una serena resignación, Ibuki no percibía en ella un aura patética de sacrificio de sí misma”.

“En la carta dice de mí que soy una hechicera con poderes mágicos sobre los hombres. Pero sé que se equivoca. Nunca he sido más que una médium para ti...”.

“Cruzó por su mente la imagen de una antigua diosa tendida en el inframundo, presa de la muerte. Por su carne putrefacta pululaban los gusanos, su cuerpo estaba cubierto de llagas infectadas que ardían lentamente y emitían chispas negras. Era una visión tan espantosa que el amante de la diosa huyó horrorizado, y en el momento en que él se dio la vuelta y echó a correr, ella se despertó y fue tras él enfurecida, todo su amor transformado en odio ciego. El amor de una mujer muda muy pronto en anhelo de venganza, una obsesión que se convierte en un interminable río de sangre que fluía de una generación a otra”.

“El llanto del bebé le llenaba los oídos.

En aquel momento la máscara le cayó de las manos como si la hubiera golpeado una mano invisible. Sumida en un trance, extendió la mano y cubrió la cara de la máscara, mientras su brazo derecho, como si de improviso se le hubiera paralizado, le pendía inmóvil en el espacio”.